

DEFORMACIONES Y FALSIFICACIONES DE LA FIDELIDAD

Julián María Uriarte, obispo emérito de San Sebastián, ha publicado en *Sal Terrae* un libro que no debería faltar en nuestras bibliotecas sacerdotales: “*Servir como pastores, Claves de la espiritualidad sacerdotal*”. Como muestra recordamos una página del capítulo tercero dedicada a la virtud de la fidelidad donde pone el acento en sus posibles deformaciones o falsificaciones:

LA FIDELIDAD ORGULLOSA

Es la fidelidad propia de quien no es consciente de su propia fragilidad. Hay personas de carácter blindado que se exigen a sí mismas un cumplimiento fiel y meticuloso de sus compromisos. Pero un motivo importante de su conducta fiel es el amor a sí mismas. La imagen que tienen de su persona y el sentimiento de su propia dignidad son muy elevados. No se permiten defraudarse a sí mismas con un comportamiento infiel. Suelen creer también que la fidelidad de los suyos hacia ellas está bien asegurada, bajo control. No son en absoluto comprensivas, sino intolerantes con las infidelidades ajenas. Pueden suscitar a veces admiración, pero no logran estimular la fidelidad de los demás. A su fidelidad le falta ese toque de modestia que es signo de autenticidad y realismo.

LA FIDELIDAD FANÁTICA

Ciertas adhesiones están más cerca del fanatismo que de la auténtica fidelidad. Al contrario que esta, el fanatismo se entusiasma con las ideologías mucho más que con las personas. Los fanáticos trabajan más por “las causas” que por verdadero amor a las personas. Al fanático su “fidelidad” le sorbe el seso obsesivamente, hasta el punto de perder interés por otras adhesiones valiosas. Parece que no hay espacio dentro de su alma para valores como la amistad, el arte, la curiosidad intelectual, las aficiones deportivas... En el límite, el fanático no tiene más que amigos (pocos) y enemigos (muchos). Los que comulgan con su “causa” son amigos; los que no sintonizan con ella, o bien no merecen consideración o han de ser combatidos. El fanatismo puro y duro es una caricatura de la fidelidad.

LA FIDELIDAD MEDROSA

La pasión dominante aquí es el miedo. El componente más debilitado es la confianza. La dificultad de confiar en los demás puede hacerle suspicaz o celoso. La innata desconfianza en sí mismo puede tornarle neuróticamente inseguro de su propio amor y confianza. El temor reverencial a ciertas personas (sobre todo a la madre) puede conducir a un sacerdote a mantenerse en el estado sacerdotal, a pesar de estar instalado en una doble vida. Estamos ante una cruda falsificación de la fidelidad... El temor a Dios en forma de temor al pecado puede ocupar un espacio más ancho que el amor y convertirse en el principal motor de la fidelidad a una vocación religiosa.

LA FIDELIDAD MECÁNICA Y MEDIOCRE

En el caso de la fidelidad mecánica pervive la fidelidad exterior, pero ha desfallecido la fidelidad interior. No existen graves infidelidades habituales contrarias a los compromisos contraídos, pero no queda apenas verdadera fidelidad interior...

La costumbre, ordinariamente auxiliar de la fidelidad, tiende, con el paso del tiempo, a dos deformaciones: la insensibilidad y el automatismo. Por un lado, no hay vibración interior al cumplir con nuestras fidelidades. Por otro lado, se instala la rutina. Entra en funcionamiento “el piloto automático”. Los compromisos profesionales degeneran en automatismo desganado. Se “despacha” a la clientela, se “cumple”. Las promesas sacerdotales o religiosas se llevan sin ilusión, como una carga.